

el enigma debatido entre tus dos edades
que perduran
sobre tu frente de jazmín,
sobre tus labios
donde un vergel sin barro se levanta.

III

Los días dicen tu nombre de playa solitaria,
el trino de tu vuelo, la piel.

Sobre la muerte,
tu vida erige
monumentos al deseo, piedras de agonía,
relicarios para el suspiro y los martirios.

Sobre tu ausencia
yo levanto estas manos al vacío
que te hablan con la escritura de tu carne,
porque bien sabes que los cisnes
de la lascivia te esperaron
en el lúgubre golfo de un recuerdo.

IV

Si la piedra es piedra
y el agua jamás se repite en el verbo de su espuma,
la dicha es dicha
y todo es dicha:
las palabras, el escombros, los relámpagos,
tu cuerpo ausente,
tu silencio con olor a madrugada yerta.

Duermes como una presencia.
Y eres presencia del humo en la nostalgia.
Y muerte dices
y pareces vida.

V

No conozco tus lugares, ciudad del agua,
recinto para el aire y la semilla,
espacio roto por el aire,
cirio despierto tras las efímeras alas
del retorno.

VI

Sobre tu cuerpo pongo piedras,
evocaciones,
llamas incandescentes,
hierba, cielo, lino,
tronco, lunas, ansias...
Yo le quito el encierro a tus presencias.
Sobre tu cuerpo pongo...

VII

Hay calles oscuras.
Hay crepúsculos que se lavan la cara
con la sangre del dolor.
Hay ceniza.
Y hay soledad bajo el embrujo de esta lluvia
de octubre que amo y que condeno,
pues el invierno ha sido casi mi vida,

casi un hogar donde atesoré
sólo lágrimas,
desolación.
Sólo neblina.
A veces abandono.

Miro el mundo,
reconozco que la oscuridad
es a veces
la novia
del silencio.
Y por ir buscando
entre penumbras
y recuerdos
tu palabra,
amanezco
en los labios
de la espera
con el alma rota,
con los besos partidos,
siempre solo,
filo de dolor
que abre
caminos
en la sangre.

Ascienden los gritos
de mi pecho
hasta la cumbre
donde esculpes
tus plegarias.
Eres plegaria
confundida entre los besos.

Hojarasca
de agua
y no de sed.
Palabra
de lino
y de ternura.
Y eres todo el tiempo
necesario
para matar la duda.

Hay calles oscuras.
Hay tristeza en los nidos.

Todo duele:
el aire duele,
las huellas
de tu aroma,
los minutos que se escapan
si la espera
se convierte
en nieve.

VIII

Fundo tu cuerpo y fundas la ciudad del sueño.

Yo fundé los virreinos de tu cuerpo,
tus catedrales ahogadas en la bruma.
Tú fundaste mi ausencia.

De tus pestañas caen ciudades, armas,
besos rojos como la sangre palpable
caen.

Por tu sangre se resbalan trinos, aves, orígenes,
lechos donde un amante quema al otro
y lo consume.

De tus pestañas caen recuerdos, lluvias,
evocaciones donde un pez infiltra su pasión de agua,
espuelas que no frenan al deseo,
porque el deseo es una mirada.
¡Qué viva la mirada:
mar que es un río,
río que es un sueño,
sueño de los signos,
oh signos de mi nube profunda!

IX

Cada noche me levanto
a vigilar las sombras de una estrella.
Cada noche el bisonte del invierno
nos devora el destello y el asombro.
Sin embargo,
con el otoño creció mi desdicha
hoy tan larga
como un dolor herido en los puñales,
arteria del adiós,
lanza para el cristal que es empañó
y nunca eternidad de espejo.

X

Cada noche me miro las manos.
Cada noche regreso al sitio
donde el sudor se evaporó y la humareda
se convirtió
en ayer,
mariposa de pesadumbre,
gris ocaso en el instante de una palabra
que vuela.

Sobre el alto relieve de las olas
que destejen la seda de esta vida
de mirto y azucena,
habito en las imaginaciones de tu cuerpo.

Yo fundé tu desvelo,
abrí las puertas a tu cuerpo,
sobre tu ausencia...

Aquí duerme tu espuma,
en esta puerta de perdón,
en el trino de la llave.
Aquí,
en el púlpito del cuerpo
donde la sangre pronuncia
sus discursos cotidianos.

II. Las estrellas del cántaro

-Sonetos romances y liras-

I

Tengo un cielo poblado de amarguras
y una senda de luna iluminada.
Un fértil tiempo de árida enramada
en cuyas hojas mezo tus ternuras.

Allá donde se tiñe de hermosuras
el viejo amanecer de mi morada,
va tu silencio de pasión calmada,
en busca de mi voz por las llanuras.

¡Cómo duelen tus pasos de viajera!
¡Ay, tus pasos de ninfa marinera
bordados por la espuma de mi mar!

Amada de los párpados de nieve:
¡qué cerca y lejos el amor tan leve,
doliente llanto en el azul azar.

II

Allá se pudre el pan y su amasijo.
Acá tu piel de ingénita canela
es la pálida piel de la candela
que abrasa mi penumbra, mi acertijo.

Amor de pasos por la senda elijo,
y sinfonías de alba centinela
oigo, cuando la luz con su franela,
me cubre con su lampo fuerte y fijo.

Es tu silencio de candor y arcilla,
destello de poniente, maravilla,
deleznable silencio de tu llanto.

Irriga el sol, callados arreboles.
Cuervos que gritan por la luz de soles,
cordajes inauditos de tu manto.

III

Amor de vivo canto y golondrinas,
entristeció mi cuerpo caminante.
Amor de mirtos, onda fulgurante,
he perdido tus huellas diamantinas.

Alhajas de silencios por tus minas
descubrió mi palabra navegante.
¿Por qué en el mar, alcánzar de diamante,
se pierden tus palabras cristalinas?

Bienamada del campo y de la calle,
candor perdí por tu estupor bermejo,
perdiste el lirio con olor a valle.

Como un risco de mares temporales,
como un adiós de amante yo me alejo,
cual un paso de rastros matinales.

IV

La llama del recuerdo fosforece
y deja chispas en mis tristes pasos.
Memorias que me arranco de zarpazos,
porque evoco tu risa que enverdece.

Hiriente soledad que siempre crece
y me ata con sus dolorosos lazos,
Arcángel que me da sus latigazos,
llovizna que a mi lágrima humedece.

Tu cuerpo quiero ver en nuestra cama,
presencia de paisaje peregrino:
tu verde es la inocencia de la llama.

Anochece tu negra cabellera
ejemplo de lo grato y lo divino,
con una pura luna marinera.

V

Las estrellas del cántaro, en tu abrazo,
se quebraron. El huracán estira
sus hombros de agua que el invierno tira
en el abismo de un profundo vaso.

La luna tiende su plateado brazo.
Tu diáfana caricia que me mira
también me quema como loca pira,
también me incendia cuando yo te abrazo.

La clepsidra tiñó tus transparencias
de tiempo duro como el duro plomo,
armadura celeste de vivencias.

¡Los besos caen como hojas y castillos:
alígera paloma, dama y pomo:
aprende estos sonetos amarillos!

VI

Porque perdí mi loco y dulce aliento,
necesito tu aliento que me azota,
inextricable tarde que rebota
por los ramajes del hermoso viento.

Confusa desnudez del sufrimiento,
hontanar y mujer, sirena ignota:
te bebo breve, muerto, gota a gota,
y alcanzo la canción de tu lamento.

Neruda ya cantó sus Residencias.
Cantaré tus oscuras inclemencias,
suplicio del calvario y del desierto.

¿Es la vida una piedra en el camino,
balada rota en un violín sin trino
o la pieza más triste del concierto?

VII

Que Dios ponga los pies sobre la tierra,
Amor del ser, del cuerpo, del dolor.
El mundo marchitó la hermosa flor.
Sólo escucho los gritos de la guerra.

Hay mucha sed y el corazón se cierra
a la dulzura gris de tu candor.
Se esfumó la plegaria del fulgor:
la noche rompe frondas en la sierra.

Yo que endulcé las cañas de tu canto,
sed de fin tengo, vendaval de llanto.
Me anego -pez- en tu profundo mar.

No bebe el mundo miel en la ternura,
Amor ,dame el consuelo de tu cura:
tu ausencia cava muerte en mi cantar.

VIII

No es fácil la existencia ni el reposo,
y es extraño que duren los laureles
cuando un mundo de fieras y lebreles
se levanta ante el rostro silencioso.

Metáfora de grito sigiloso
es mi poesía de arcas y cinceles,
hallazgo de quimeras en las pieles,
ungidas por el llanto y por el gozo.

Las dagas de la noche sideral
cortaron tu crepúsculo invernal,
azul ensueño del soñar partido.

No es tan fácil vivir sin paz ni cielo,
prisionero en la celda de tu celo,
viviendo por vivir en el olvido.

IX

La luna deja nuestra casa oscura,
y la tristeza con su oscuro velo
nos cubre el horizonte del consuelo
y aleja el corazón de la ventura.

Es tu ausencia como mal que no cura,
estrella caminante por el cielo.
Enfrío mis recuerdos como el hielo:
topacio de agua que en la luz perdura.

Sólo tu cuerpo con rumor mundano
me dio la brillantez de haz lejano,
destello amorfo de la clara niebla.

¿Es un ángel poblado de arboles
el yo que cree vivir bajo faroles
cuando esconde una insólita tiniebla?

X

Pedazos de susurros en tu boca
saltaron como velas en orilla.
Funeral de mis jarcias y mi quilla
es mi naufragio de estación barroca.

Húmedos puños de la lluvia loca
golpearon tu bisoña florecilla
que adorna los arbustos de mi villa,
que orna el recuerdo que mi ser evoca.

Amor mujer, caudal en cada poro:
¿se rompen los cristales de tu lloro
ante mis ruegos de palabra fría?

Amada que retozas como piedra,
Amada que te enredas como yedra
hasta perderte en bufa algarabía.

XI

Mi sangre pierde sus perfumes rojos,
evangelio de tiempo por la vena.
Coral de lumbres, onda muy serena:
tengo ansias de romper estos cerrojos.

La penumbra flagela nuestros ojos,
zozobra oscura de la sombra plena.
Morir sin ti, me pierdo en tu verbena.
Quiero apagar la luz de tus despojos.

Tus cánticos se alargan, palmo a palmo,
cuando la brisa, muda, canta un salmo
que enciende los faroles de la infancia.

¡Aturdido te sueño sin cordura
con este afán porque te pienso pura,
ruiseñor en la sien de mi fragancia!

XII

Teme el amor rugiente su destino
cuando la senda enciende sus arcanos.
Llega el estío bufo por los llanos,
dorando con destellos el camino.

Heme aquí: centinela cristalino,
con un lluvia de cariños canos,
alimentando los recuerdos vanos
que agobian sentimientos ya sin tino.

Sufre mi pensamiento de tu fiebre.
Un sonido le dice al ser que quiebre
el alfil de la angustia negra, rota.

Se ha puesto el alma su gabán oscuro
y calma el llanto nocturnal y puro.
El amor no ha sufrido tu derrota.

XIII

Tu palabra telúrica de rosas
perfuma mis cantares garcilasos,
rendida soledad de los ocasos
esculpe las angustias dolorosas.

Angustias de tu cuerpo silenciosas
miden la senda curva de los pasos.
Almirante de tierra por los lazos
que me atan a la esencia de las cosas.

Mi sueño en la neblina del rocío,
es triste alondra que perdió su paz,
solitaria corriente de tu río.

¡Mi alma liba el añil de tu paisaje,
y el alma luce matinal disfraz:
ha cerrado las puertas al celaje!.

XIV

En el limpio cristal de la humareda,
se empaña el beso, lumbre del estío.
Absurdo es el blancor de mi rocío
si tu penumbra rompe mi alameda.

Ardiente pesadumbre que se enreda
en el lucero del camino mío,
cuando la miel de tu presente impío
endulza ayeres de mi risa leda.

Caricias romperá la mansa aurora
cuando el instante, levedad serena,
derrame su loción de arruga y hora.

Beberá el pez el agua en nuestra piel.
Traerá el tiempo en su diáfana melena,
mi lírico arco que será pincel.

XV

El sol monta corcel arrocinado
por la riel de las suaves transparencias.
El sol aciago en mis reminiscencias,
ya no brilla en mi pecho acongojado.

Mi voz muere, latido profano,
ahogado entre tus pálidas esencias.
Nostálgica estación de las vivencias,
mi invierno de nostalgia desolado.

Diamantes del ocaso caen del cielo,
agua silente que me pone en celo.
(Morir quiero en tu cuerpo ya vivido).

¡Mis ansias, mis sonetos en el día
parecen ser de un poeta que vivía
en un mundo de amor enrojecido!

XVI

Has nacido como el delfín en la ola,
con la música que el canto destila,
con pétalos de noche en tu pupila,
ardiente de camino, triste y sola.

Llanuras verdes que la luna inmola,
ardiente llegan a tu falda lila.
Ardiente el eco que tu voz ventila:
a mí me llega en trinos de amapola.

Peregina en el agua de mi fuente,
tus alitas de pájaro inocente
son el oro nevado de la nube.

¿Quién pudiera, sin lágrima, llorar,
sorbando los olvidos de la mar,
cuando se muere el cielo y su querube?

XVII

Se derrama mi sangre despeinada,
y un hilo de nostalgia gongorina
ata la vera de mi mar salina
a una nube de cobre iluminada.

Nacieron en mi vida, Bienamada,
mosgos que sólo crecen en colina.
Néctar de olvido con la cal combina,
mi muerte por la Muerte encarcelada.

Voy tan despierto, corazón descalzo,
y no le temo al filo del cadalso
ni le temo a la noche de tu lloro.

Desmayada mi sangre sempiterna,
remoja tu inocente edad eterna,
caricia ingrata, cáliz de mi coro.

XVIII

Amor que siembras, en mis horas, flores.
Amor que estás en mí como doliente,
lejano y pensativo ante la gente
que ve pasar tu cuerpo de colores.

La noche es un diamante de fulgores,
confesionario que jamás nos miente
cuando los cuervos grises de la mente
me acercan a la vid de los temores.

La noche estalla grávida, cautiva,
cuando el tacto devora tus fragancias,
cuando tu voz se escapa fugitiva.

¡Cuando el amor, sin tiempo , encienda el cirio
que alumbra los portales de tus ansias
no habrá desvelo ni letal delirio!.

XIX

Las hoces encendidas de la aurora
talaron las espinas de tu canto.
Corazón: con tu grito me levanto
cuando la lluvia es tiempo, sol, deshora.

Soy un ser con muchos seres en la hora
de la muerte y de la vida. El gris llanto
entibia mis plegarias con su manto,
que son remojos del poeta en el ahora.

Eterna, eternamente, la existencia.
En su caudal de bruma y transparencia
pulsó los remos el amor cautivo.

La noche que perdura en sus fontanas
derramará el trinar de sus campanas
en mi alma de habitante redivivo.

XX

Sólo el amor revive cada paso.
Suave remanso, matinal espiga.
Paño de rocío, ánima que abriga.
Iluminado fanal en el regazo.

Sólo el amor barniza el fiel abrazo,
la triste faz, la sabia mano amiga.
También los días y las noches liga.
Nos une a la ilusión con fuerte lazo.

Duele este canto. Duelen los abrojos
cuando se entierra el mundo entre los ojos
mudo ciegos. Los hombres desesperan...

Amada: luz de estrella o de ceniza,
hay vergeles y sol en tu sonrisa.
Los días, en la puerta, nos esperan.

XXI

La noche triste, roja y desmayada
perfora mi sendero cristalino.
Incesante cariño ciudadano
gris emerge de mi alma recortada.

Palabra, sin acento, enamorada:
¿tú que sonaste en la altivez del pino,
no llenaste de cantos su camino
cuando se hacía sorda a mi llamada?

Mi existencia en astillas se desploma
desnuda, solitaria, rota y muda,
cielo que rompe la extendida loma.

Palabra en el silencio viejo y cano:
¿tú que sonaste grácil, alta y cruda,
ensordeciste su alma por el llano?

XXII

Todo el estío es tuyo en este día.
Día entre días, ondas intangibles,
que van marcando rastros inasibles
de tibio llanto y lúgubre alegría.

Mi edad entre las lágrimas ardía,
relámpagos de cal inextinguibles.
El tiempo, con colmillos invisibles,
la rosa del espíritu mordía.

Pasó el amor como no pasa el agua.
Y el fuego del adiós quemó en mi fragua
toda esperanza de vivir contigo.

Sólo el cariño no se ha puesto viejo.
Y entre tanto cantar y vino añejo
te estoy pidiendo amor como un mendigo.

ROMANCE I

La estepa se puso fría
en el umbral de una casa.
Llano-verde, llano-hierba
en altitud de montaña.
Un pañuelo sabanero
seca el llanto en nuestra cama,
y una parda mariposa
nuestras caricias apaga
Cuerpo efímero de sueño
que se extravía en la sábana.
Chispa pálida de hoguera
que hizo un incendio en la llama.

El corazón, dulce lirio,
dicta su verde palabra.
Palabra que suena duro
como un tintán de campana.

El llano es como un papiro
donde se escribe palabra
de sol, de cielo, de tierra
en altitud de montaña.

Brilla la lluvia y se duerme
en la puerta de mi casa.
Amada que está dormida
en las alcobas del alma.
Hoja donde no está escrito
el romance de la llama.
Vida que se ha puesto fría,
aguacero en las montañas.
Mujer quemada y herida
por el filo de mi daga.

ROMANCE II

Mi tiempo afligido y lento
en el calvario del alba
reza su oración callado,
oración de paz y calma,
porque en el íntimo ser
que en las noches te esperaba,
nacieron nardos de amor
y claveles de nostalgia.
Espuma triste de río,
mi canción ya no te alcanza.
Lejos como el mar del polvo,
más lejos que tu esperanza,
más lejos que el horizonte
donde perdí mil batallas.
Triste senda entre la aurora,
es el tiempo que nos mata.
Triste senda que se bebe
el rumor de mis palabras.
Oración de paz y lirio,
tu voz ocupa mi casa.
En el alma sólo tengo
nostalgias de amor, nostalgias.

ROMANCE III

Estrellitas cristalinas
iluminaron mi cielo,
cristal de luz empapado,
desecha arruga de tiempo.
La lluvia, presagio de oro,
recitó locos silencios
cuando el llano repetía
la sonata de los vientos.
Alameda de quejumbre,
instante del aire fresco,
la congoja en la mañana
rompe el vidrio de mi sueño.
¡Hinchadas tengo las venas,
mi corazón es tan viejo!
La muerte, río de angustias,
me está buscando en el puerto.

El ave de la desdicha
rompe velas en el puerto.
Entre los muelles tu voz,
en la mirada tu sueño.
Mis pupilas escarchadas
son la nieve del silencio.
El sol lunático mira
mis labios, hogar del beso,
pero no encuentro los suyos
que son fulgores sin dueño.
La muerte, con su tormenta,
me está buscando en el puerto.
Mi palabra se deshoja,
cual árbol me estoy muriendo...

LIRAS PARA UNA VIRGEN

I

El haz de tu lamento
en mi ventana su cristal asoma,
rompe mi pensamiento,
se pierde por la loma
y luego alcanza brisa de paloma.

II

En tu nido está mi huella
y tu canción en mi lucero flota
como una triste estrella,
opaca como rota.
En tu alma duerme mi pasión remota.

III

Estás, aquí, dormida
como una virgen buena y silenciosa
durando hasta la vida.
Callada y candorosa
como la muerte de mi oculta rosa.

IV

Aromas la azucena
con la fragancia de tu risa muda.
Horizonte de pena,
pesadumbre desnuda:
eres la llave de mi eterna duda.

V

Cuando me muera, Amor,
y en el sepulcro duerma el alma fría
sabrás de mi dolor,
sabrás de mi alegría.
En tu penumbra nacerá mi día.

VI

El verde de tu lirio
funda jardines en mi gris canción.
Escapo del delirio
y alcanzo la razón:
estás creciendo, niña, en mi oración.

VII

Estás, aquí, dormida
como el oleaje de una mar extraña.
Sufriente y confundida,
almíbar de mi caña,
¿por qué rompiste el sol de mi mañana?

VIII

Tú vives en el ansia,
en el ocaso loco del diamante.
Se rompe la fragancia
de tu cuerpo distante,
de tu cautiva imagen caminante.

IX

Recorres mi silueta
y los follajes de tu firmamento
en mi llovizna quieta
se beben todo el viento
anclado en los latidos de mi aliento.

X

Eres sol y eres canto,
luna de cal que alma santifica,
suplicio de mi llanto
que al cuerpo vivifica.
Vienes del tiempo: voz que purifica.

XI

Arquitectura leve:
tu grito sabe a chispa, a llamarada.
Llueve tu sangre llueve,
ensueño de cascada:
¿dónde guardas tu luna tan deseada?

XII

Tú vives en el canto,
en la quietud inerme del reposo.
Destierras el espanto,
afinas mi sollozo,
¿dónde escondes el alba de tu gozo?

XIII

Eternamente niña:
conoces el secreto del camino.
Tu sangre se encariña,
ofrenda del destino,
con mi amargo desdén que sabe a vino.

XIV

Fugaz y enfebrecida:
en tus venas se espuma mi alborada.
Estás aquí dormida,
aquí como cansada,
con tu perdida miel enamorada.

XV

Crepúsculo de fuente:
tus aguas a mis olas den cordura.
Dulzura de torrente,
torrente de ternura,
¿podrá sanar tu noche en mi locura?

SEGUNDA EDAD

(De la Sombra y la Noche)

I. Donde Duermen las horas
-Canto-

*“Vivo apenas
para enseñarme
a no morir sin vida”.*

CARLOS PELLICER-

I

Va llegando la vida,
la tomamos,
nos hace libar aguamiel
de nostalgia,
y es cuando escribimos poemas y otras cosas,
inventamos el tiempo cansado,
el mismo tiempo de la lluvia ruidosa.

Va llegando
como un rayo, con su voz de niño.

En su entraña la edad
es una raíz
que duele y pesa
como el acero de las barcas,
como el clavo que se entierra entre las manos
asidas a una cruz que nos marchita y habla.

Calla su canción hasta vivirnos,
para luego dormirse entre las ansias
cuando pesan las ojeras
y la noche
como huellas de metal
en la mejilla.

II

Las estrellas navegan en mi frente
como gitanos
en fúlgidas balandras.
Me dan su luz,
la miel
brillante de sus poros,
y alumbran mis palabras rotas,
mis ayeres
indecisos.

Y empiezo a vivir:
todo instante,
alegría,
jardín
de orquídeas y deseo
en el abismo de la carne frágil.

La luz se esparce
por el huerto milenario donde se pierden
mis ojos,
y enciende
-hoguera sin final-
el sitio oscuro donde las manos mueven el deseo,
lo intentan, lo llenan.

III

No vale la vida
si se calma
la sed de los labios.
Si el dolor marcha
como un tren sin retorno.

No vale la vida
si los garfios del sueño,
hasta mi grito, no llegan.

Vale la vida porque la vida
es una palabra espiral en los labios.
Una verde palabra,
un pañuelo de sentidos en el cuerpo.

Vale la vida una palabra...

IV

Aprendemos entonces la palabra Patria
y nos parece que sus letras aguardan
al día, a la memoria,
al aullido de los héroes
enredados en los juncos del pueblo,
de la selva-horizonte,
de la ciudad en llamas ardiendo.

Aprendemos a querer ese sonido hermoso,
a sentirlo como si fuera una caricia en el cuerpo,
a oírlo como si fuera un eco inmutable
entre las arpas crepusculares del beso absorto,
limpio de neblinas y quejumbres.

Mezclamos la sidra del amor con su sangre,
con su lodo fermentado de combate.

(Más tarde escogemos la palabra Muerte:
aguda espada sin voz,
semilla de todos que nadie ha plantado:
su cosecha no se ve en la luz gozosa.
Es un armario de muérdagos y falsos perdones).

Es la muerte un naufragio de fuego,
quemante leña en la virtud del ensueño
y la súplica.

Vendrá la vida
con sus caminos y luceros.
O la muerte caminando entre la sombra.

Si bajara la luna
a comparar su luz con nuestros ojos,
vería que el alba nuevamente
se ha quedado dormida en las pupilas,
y que amanecemos con la noche
al lado de los álamos y el río.

Pero la luna canta.
En sus densos fulgores
los ojos son dimensiones de sus ojos:
¿es más triste su mirada
que la mía?

V

Viene la vida durmiendo
como un dormir durando,
llena de villorrios y plazas,
con sus abuelos que esperan
la navidad
de la muerte.

Viene, y ya pasaba.

Sabemos que "otros" nos están mirando,
que esos otros también son parte
del juicio,
de nuestra contemplación cautiva.

VI

No escribo para que no me olviden.
Escribo para hacer del olvido un ramaje de uvas
sin relojes,
un racimo de nostalgia,
una llovizna de fértiles recuerdos.

Escribo para vivir el poema que habita
en la taberna del anhelo,
en el universo de jazmines que aroman
la huesa de mi ser ignoto
entre minutos de martirio y muerte.

Escribo para nadie y todos.

(Escribir es morir en cada letra,
es pedir que acuda el llanto cuando sobra la risa,
es olvidar el mundo, desviviendo en la congoja.
Es dejar que muera el viento
en la estación de las manos que oprimen la tinta
y estallan.
Es rodear de lunas el entorno suave de los labios
que hablan como aguas en el beso,
que se juntan,
levitando,
hasta el asombro).

VII

En la idea del amor
el poro es longitud
de entrega.

Entrega a cambio de otra entrega.
Desnuda entrega que se vuelve encuentro
y nueva entrega.

¿Hasta dónde, Dios mío,
llegará el olor
de mis pasos?
¿Hasta cuándo, Dios mío, durarán
los exilios?

Voy a entregarme al cariño limpio,
al sueño,
al fulgor
de una mirada
donde un lago sin estrellas
es un millón de ojos soñadores.

Voy a entregarme, porque sólo así me encuentro.
Todo vivir y sombra,
un poco más acompañado de mí, de la nada
y la tierra.

VIII.

Se extiende el día hasta el sitio
donde duermen las horas,
como un prolongado relámpago de dunas,
aire hasta atestar de velas
la vera de los astros,
fuego de mareas
silentes.

Se extienden también los horizontes,
y nos llegan otros horizontes
lejanos y extraños,
con sus fatales espumas.

Es así como empieza
este "conocer el mundo"
Es así como empezamos a llenar,
con pepitas
de sueño,
su infinito vacío,
su rara entraña de humanos desastres.

IX

Cuando le arranque la sintaxis
a mis huesos y el cuerpo sea una palabra
sin remilgos,
podré cantar sencillos poemas de indio,
podré incendiar el cántaro silvestre
de los instantes maduros
que hicieron crecer las arrugas y otras heridas.

Vendrá otra noche y otra...
y los harapos de mi voz
vestirán el coro de las flores.

Seré un hombre lleno de pasos,
de desveladas cenizas.
Engendrando aullidos y fieras
bajo el alero de la noche final.

X

Somos un plural que se repite
en cada verso,
un arpón de suertes que el destino entierra.

Somos, porque somos,
la tierra,
el olvidado pan y los dolores.

Nuestro cuello lleva un aro invisible
de amargura
-cual espina circundante-
dando vueltas al alma como un trompo
de ayer sin descanso.

Morirá el cuerpo y sus desdichas,
y el silencio que era nuestro
volará sin alas.

Entonces, nuevamente niños, dormiremos cantando...
cuando la luna quiebre los cristales
de la noche
con su puño de esperanza inefable,
y hunda
-ya sin medida-
su espada de alegrías
en el seno de la sombra
maquillada de pecados.

XI

Cae la trémula llovizna
-cónyuge del aire-
porque el dolor llega siempre,
disfrazado de correo,
de conserje en las agitaciones de la noche.
Viene como una sombra, como un verbo
de penumbras.

Penumbrado el corazón hasta traer el trigo
y la nostalgia.

¡Oh, corazón doliente y embriagado,
en la loción del silencio!

Cae la vida hasta mojarnos.
La vida es una lluvia con suplicios,
o un **suplicio hasta llovernos...**

XII

¡Cómo arde morimos si se apaga la vela,
si se calma el oropel de caricias
-gorriones en la piel que gime-
hasta ascender al aliento
lleno de hiedras y fuentes
en el instante fatal!

No duele la marcha como duele un ocaso.
Ocasos mis ojos.
En la profundidad de sus vidrios,
la muerte pasaba:
sagitario cubierto de espigas,
derrame de llanto en la estación
del vientre jugoso.

Cuando retornen a mi boca
los verbos del cardo y mis primeros lirios;
cuando el camino sea una calle poblada
de rosas y panales,
y en la piel de la nostalgia florezcan
duraznos de dulzura;
cuando en la grave longitud del aire
mi rabia vegetal ya no se escuche,
ni gaviotas hagan surcos de querubes transparentes
en la brisa,
oiré, en la dura tumba, lo gris de mis campanas,
los rastros pesarosos que vuelan como cuervos.
Destilando la euforia que entregué a los álamos,
entre esperanza y espera.

**II. Lección en ceniza para una
sombra que viene
-Réquiem-**

*...“porque vida silencio y boca
y soledad recuerdo cielo y humo
nada son sino sombras de palabras
que nos salen al paso de la noche.”*

-XAVIER VILLAURRUTIA-

*“Desde mi ventana todos los días
veo anochecer.”*

-JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ-

I

De las eras remotas,
tan azules como el agua
-molino de peces y playeros-
surgió la sombra gris
que habita y sigue al cuerpo.
Y sigue al cuerpo como sombra,
sagrario en los altares de la sangre.

II

Sombra por la noche
que corre como el agua:
¿adónde irán los huesos yermos,
adónde?

Si la ruta
del silencio
es tierra suave,
dame tus silencios:
tu fruto crecerá en mi fruto

III

Porque de noches
se viste a veces la mirada,
los ojos profundos de la vida
nos buscan,
nos esperan,
nos encienden.

¡Oh, luz que yaces en la sombra!

¡Oh, luz por la sombra enamorada,
tan vaga de pájaros,
tan lejos!

IV

Si entre roca y palabra,
la niebla crece
como ola de nuestros renunciamentos
y desolaciones,
quiero una ola
que bañe de adagios mi alegría.

Ola eterna,
ola de todos,
sin cruces ni panteones
donde abuelas lloren
el pedazo de cuerpo de los hijos.

Si entre mares
y la voz
creces,
¡oh, ceniza encarnada,
descifra mi anatema y vuelve,
humo,
a ser neblina!

V

Cuando la voz derrocha sus inviernos,
y esa lluvia cae
-fuego de miel-
por donde danzan dulces las palabras,
la poesía inunda
-piélago de brumas-
el prodigio de las horas insepultas.

Cuando la voz
quiere desnudarse,
basta que el grito la circunda
hasta las raíces más vetustas
del corazón hecho de panales
y de lluvia.

VI

Si el alma es tierno leño
donde el fuego
no se adentra como médula,
el hueso es dura peña
donde las aguas de la suerte
golpean sin parar.

Si el alma
es un camino donde mueren los caminos,
dame,
¡oh, ceniza yerta,
la respuesta de tus salmos
donde una luna eterna brilla!

VII

En el espejo quebrado de las nubes,
el cielo mira sus labios de tormenta.

En el espejo
de mi álgebra y mi hado
sé volver cuando emprendo
el viaje de los sueños,
cuando
copio
la conferencia
de la noche
dictada por lechuzas taciturnas.

VIII

Ceniza, hija mía.
Dispersa, como la arena piadosa,
como la piedra perdida:
¿cuándo despiertas,
cuándo,
cuándo limpias - tigre de fuego-
tus garras que arañan
las mejillas del Tiempo?

IX

Cuando el barco de la tarde
pone su ancla de quejumbre
en el muelle
que va a dar a la noche,
contemplo las jarcias de mi vida.
Corre en mis venas la balada
del viento.

Cuando del barco de los tiempos
ya se han ido tripulantes
que beban del olvido,
busco en el cristal de mi existencia,
el empañó (sacrificio) más viejo,
más hondo,
más inútil.

X

Caemos como lluvia de palabras,
caemos de morir
y de viviendo.
Caemos como luna marchitada
en el olmo de la noche,
y salimos
y buscamos
esa otra noche -burdel-
donde se prostituyen las estrellas,
porque de tanto golpe fuimos sabiendo
que la vida es un grito,
un arca de palomas.

La vida es un comienzo
de siglos infantiles.
Y de siglos tan antaños
-de ayer eran los ecos-
va acabando...

Surgió cuando la niebla
era el pájaro celeste de la aurora,
cuando la piedra aún no comprendía
la gramática del viento,
ni entendía el aire
la oratoria de las lluvias...

XI

¿Quién no puede amar
si tiene sombra?
¿Quién no puede brillar
en las pupilas de un leopardo
si felina es su osamenta,
divinamente humana?

XII

Corre riesgo el hombre
que predica su papiro de infortunios.
Porque infortunio
es el nombre que le ponemos
a las cosas del bien y el sacrificio,
vale la pena
esconder todas las tristezas
en el baúl sin polvo de la memoria.

Porque el infortunio no es cuerda
que revienta en cicatrices,
ni cicatriz prisionera
de relámpagos y piel,
hay que redimirse,
ir naciendo,
aunque la muerte
borde
el gabán -sombra inaudita-
que nos viste el cuerpo y la cabeza.

XIII

Si la piel es huerto
donde la flor de la caricia
pone aroma de lirio
y de vírgenes deleites,
hay que honrarla
con el laurel de la virtud,
dulce emblema nacarado del amor.

Si en la piel lloran niños
que nos reclaman consuelo y venturas
jubilosas,
que sigan creciendo
esas flores que perfuman
¡oh, piel que te vuelves
ya ceniza y vas gozando!

XIV

Hecho de ceniza, forjado con la lágrima
del fuego,
el tiempo no duerme.
Vigilia sin reposo: hiere horizontes
en el cuerpo, en la voz
y rompe los pactos que unen a las manos.
Arboladura o beso que agoniza
en las azules recámaras del aire;
cómo huír de sus leones
si es barro lo que añoro
y desamor lo que me puebla?

Cenizas, mi cuerpo: su temblor
era el suplicio en los sótanos del polvo.
No me he rendido ante el dolor
ni he sido ciego al sacrificio.
¿Cómo volver si han perdido mis huellas
el despertar de su ardor?
¿Cómo despertar de este sueño de agonía
si el mar del desconsuelo nos ahoga
y después de ahogarnos nos impone un existencia
forjada en el lamento?
¡Estos huesos, esta carne, esta voz
te buscan, oh Dios adorado, vivo y muerto,
presencia en un trino resumida!

Vivo por vivir y tengo sed.
Y aún no sé si tenga cielo.

XV

Somos nombre de aguas
en lo eterno
y palabra de lloro
entre
la espiga.

Y somos canto
de pajaros y lluvia,
y lluvia
de cantos
y de pájaros.

Mordisco
o noche
o luna
o hiel.

Y vamos
como lumbre
a la vereda de lo eterno
donde el colmillo de los dioses ruge
mordiendo
los elementos
de la carne.

XVI

Llama viva y luz
y roca.
Vamos danzando
en la mocedad
de los años.
Vamos
-como Dios-
perdurando
en la crucifixión
de la muerte.
Calvario de las hondas
preguntas.
Alondra
de todas las esperas.

Llama viva
de luz
y de arboleda.
Y dura el portal,
el beso dura
porque somos
ceniza en el ruego
y rogamos
la hoguera.

XVII

No es el hombre
puñado
de espejismo,
ni es vena
para el exilio
y la derrota.

Es canción, llovizna,
doloroso atardecer
en la neblina de lo gris,
ansia
de retorno
y candidez
de estrella.

No es el hombre
balanza
de momias y vampiros.
Ni es plegaria
en la boca
de los ángeles
que pronuncian
las vocales
de nuestro primer
nacimiento.

XVIII

A veces Dios avanza
con sus pasos
de llaga pesarosa.
Y tiembla, tiembla.
Y semillas nacen
de la boca
y las palabras
aroman alientos
de esperanza.

Todo es cielo.
Hálito de pregunta.
Limbo
en el nirvana
de los desconsuelos.

Todo calla. La vida es breve.
Y duramos
en la vigilia de la voz.

Yo dedico esta lección
a la ceniza,
porque es discurso
antiguo
de nuestro
siglo de mares.

Duro hueso.
El barrios de las horas.
La vida es la patria del hombre.
Y es humo de la sangre
porque vivir
es un ritmo
de penumbra
y un montón
de ósculos
sobre
los ríos
de un pesar.

Ansía somos de poesía,
frutos de voces
que lloran de hambre,
pasos extraviados,
caminos.

Somos la última ceniza
de nuestro íntimo incendio...

III. Luna de cenizas -Elegías-

“Canto amargo de hombre deja caer mi boca”.

-JUAN CUNHA-

ELEGÍA DE LA SOLEDAD

Basta de retornos y de símbolos.
Que se marche como rayo
este aturdimiento.
Y que vuelva a ser otro
el camino que hice
con el trompo de mi infancia.

Que mi nombre al pronunciarlo
suene como el silencio que he pedido:
hora en la palabra
y palabra en la deshora.

Sólo sé que mi nombre fue uno como esta vida
martirizada en la cruz de los tiempos.
Que mis manos fueron dos
y que tuve veinte dedos disparejos, anclas,
con los que solía contar
el ábaco de la tristeza
calculada en ecuaciones
de ardientes secretos...

ELEGÍA DEL INVIERNO

I

Ave fría: ahora que has palpado
mi espalda
con tus plumas de agua
y el pulmón de tu aguacero
se entibia en las pupilas
del aire:
¿no te duele el frío,
ventisquero
de niebla?

Serpiente de hielo
que avanza
por los cielos disminutos
de la nube,
armadura de relinchos
helados,
ruina entre la liquidez
de la luna:
¿acaso tu voz
huele a misterio de flauta,
a deseo,
a presagio de fiebre?

II

Fue hermoso ver
cómo ibas devorando los panes del fulgor
con la furia de tus truenos.
Fue hermoso ver
tu jardín violento
de penumbras,
porque tu olor a mañana
compartida
la conservé
en oscuros armarios
de evocaciones y recuerdos.

Cada lluvia para mí
ha sido
el resumen de todos
los llantos del mundo,
emergidos del dolor
de las esferas
que giraron
en torno
a lo triste y lo distante.

Invierno, ave fría,
alond de naufragio
en el archipiélago
del hielo:
colgaste en el sauce del olvido
el color de la poesía
y ahora, tripulante en llamas,
pasajero sin lumbre,
páramo,
me has dejado con estas voces
que se alejan,
parecidas al aullido que palpita sediento
en los bostezos de una hiena.

¿No es acaso tu hortaliza
de claveles fríos
el anhelo
del hombre
que se pega
a sus sueños?
¿Por qué congelaste el júbilo del mundo,
camino de nieve
en el espacio
desecho?

Todas las lluvias del mundo
te persiguen. Bóveda, rebaño de ansias.
Y de todas eres su dueño.
Ave pez,
ave de muerte,
ave sombra,
comuni3n y círculo del viento.

III

Huyo y mato los arquelines del miedo.
Decido repicar la campana del milagro
y en la sangre hago anochecer
el júbilo, la vieja añoranza.
Conozco tus alas de quetzal congelado,
lluvia marina, lágrima del mundo,
invierno que te duermes, corcel,
en el establo de una hora
que me recorre: cuerpo, imperio de raíces,
sollozo a punto de estallar
en una loca algarabía,
luz del desamparo.

Cuando seas un niño, Invierno,
y me enseñe mi madre
a contar con los dedos cansados
tus húmedos harapos,
una a una comprenderé
tus lágrimas,
la penuria del reloj,
el antiguo gesto de la pena.

Cuando yo sea un niño, Invierno,
contarás mis lágrimas
y verás, solitario en el arca,
que yo fui
el rey de tus lloviznas.

ELEGÍA DEL OLVIDO

Como unos ojos de nieve que me buscan,
como un espectro radiante que nos mira,
me busco en todas las muertes escondidas
y me pierdo en el ayer perdido.

Como una mano trémula de espasmo,
como un brazo de rocío en la mañana
me toco,
como si esas manos pudieran
ser las ansias,
como si esas manos
ya no fueran mías.

Beso las rosas y los mirtos de mi huerta
y hallo, nuevamente,
la misma vida mía.

Como un aire que sopla
me respiro.
Como un horario que nos hiere
me reparto entre la angustia.
Como un olvido
en el ayer perdido,
vuelvo.

ELEGÍA DEL MARTIRIO

Decir amor cuando se dice vida
en un tiempo de retoños y de lluvias,
como si la vida fuera
un retoño de otra vida
o una lluvia de amor en los retoños.

Mirar la tarde que danza
en las pestañas
cuando digo Amor hasta el cansancio,
hasta la muerte,
hasta el martirio.

Decir que la palabra
nos afirma el cuerpo,
porque el cuerpo
es también una palabra
que se pronuncia en otros cuerpos,
en la noche,
hasta morirnos.
Duele tanto el cuerpo y la palabra.
Duele hasta vivirnos.

Decir que las miradas
son el agua de los ojos,
y que el agua ya no mira
las estrellas
con el fulgor
de su mirada.

Decir poesía
hasta calmar la muerte.
Y luego volver sin ya decir nada
para morir
con el decir ya muerto.

(Habitante de metáforas,
soy como la Y:
existo entre dos palabras).

LA POSESIÓN

Dulce, dulcemente, la vida y los silencios.
Amarga y muerta, la muerte
y la amargura.

¿No es el Poeta
marcha en el sendero?
(El martillo que la juzga,
de azul redoble y blanco tiempo,
por unas manos incoloras fue tallado).

Cuando el mar despertó de su ensueño
de algas y naufragios,
la mar ya era de Neptuno,
y su cuerpo de cristal
era un lecho de grises agonías.
El poeta le cantaba.

Cuando la Tierra era un huerto frutal
de aves mañaneras y épicos inviernos,
y la lluvia gabán metálico calzaba,
la Tierra ya vivía.
El poeta la soñaba.

Cuando la muerte fue un principio
de seres y poemas,
con su pueblo de estatuas delirantes,
la muerte ya no estaba, y era.
El poeta la sentía.

Cuando la Patria, el mundo, los hogares
eran un refugio inusitado
en el limbo otoñal de las miradas,
sus paredes ya olían a algo que es de uno
y puede ser de todos.
Entonces el poeta los lloraba.

Cuando todo era de todos, y la nada
usaba velos humanísimos,
la nada se hizo del todo incomprensible.
Entonces el poeta los buscaba.

Cuando el Poeta,
de una profundidad extraña, ya emergía
entonces a sí mismo se mataba.
A sí mismo se mataba
por buscar la vida que soñó
junto al Mar, la Tierra,
los hogares y la Nada.

ELEGÍA DE LA LUNA

I

La luna hoy no me ha mirado
con sus ojos nevados de tormenta,
con sus ebrias pupilas de atardecer.
Sola como un rumor de mar en la orilla,
corona mi espejismo
-dulce diadema de esplendor añoso-
con su cántico y su espiga de sepulcro.

La luna sabe que el alma vive
cuando el cuerpo calla.
Cerró los párpados del eco
y ahora desconoce esta mudez por la que gimo.

Piedra bebida por la noche,
arruga incandescente:
hipnotiza lo que toca
y tocándonos nos mata.

II

Luna de siempre, partida estrellamar
en cuatro islas de tiempo:
si alguna vez te caes de tu cuna de estrellas,
escoge el río de los enamorados, no la rama marchita.
Danza en los tejados
de mi gris lamento.
Si te queda algo de voz, canta, canta...
Y explota:
quiero verte morir en esta tu tristeza
que hoy me vence.

ELEGÍA DE LA ESTATUA

"Eres los muertos..."
-JORGE LUIS BORGES-

I

Tiempo de piedra labrado con las manos,
instante que fue y no será,
siento que en silencio oyes
mi palabra triste y desnuda
que tiritita en el espacio
como nube rota y amarga.
¿Acaso el viento te enseñó que es péfida la noche?

He visto tu mirada
en los museos del horizonte.
Y me has visto,
en las calles de bruma,
esparcir mis pasos por la noche
cuando el humo invadía los arrabales
y las horas se repartían en cenizas.

Los pájaros te dejan su vuelo
y sus escarchas de plumas
que humillan tu libertad.

Cautiva y enterrada
en una base de arcilla,
eres el mártir, el héroe, el santo,
a quien todos recurren
para pedir perdón o rogar clemencia.

II

Encuentro tus cicatrices
en la historia
que se repite cuando hablamos y hacemos,
forma de suplicio,
representación y excusa,
trozo que enerva la conciencia.

Despierta: el hombre que te hizo
lleva un ramillete de laureles podridos.

Despierta: la batalla ya no es tuya.

Hay otros seres que reclaman tu lugar,
tu enigma de solapadas imágenes.

ELEGÍA DEL ÁRBOL

Copa de frondas para la voz del aire,
savia de tiempo para la luz del día.
Árbol solitario,
antena de resina
para el amanecer del beso:
¿Cómo has podido morir,
cómo ha podido desfallecer tu aroma de hoja
palpitante
entre tu verde irradiación
por los senderos
que se dolían de quejas?
Fruto suave,
origen del adagio en el pico de la alondra:
nimbabas tu largo cuerpo en el espacio,
y rotas tus ramas, tan solas de olvido,
me miran
a ver si reconozco
la verdad que nombras,
esa verdad de lirio que nos duele,
esa triste verdad de que morimos entre el girasol
para nacer en la eternidad
de una rosa...

Eres, de alguna extraña forma,
la reencarnación de la serenidad.
Alejado de ti el fantasma del delirio,
estuviste más cerca de la ninfa del sueño.
Paz a tu alma.
Paz a tu sonámbula raíz que en la tierra
jamás fue osamenta de sepulcro,
sino entraña de miel para la vida.

Marcha,
libérate de tanta hacha incierta.
Y duerme, duerme,
Árbol callado.
Duerme ahora:
conocerás un sueño
muy distinto al sueño de la noche,
al sueño de los hombres...

ELEGÍA DEL EXILIO

I

Agujas que nos hieren, aires que nos asfixian
como una marea rota, lúdica.
Soledad del hueso y las arcillas.
Muerte por la muerte viva,
vida por el sueño roto,
ayer perdido.
Madrid, Estocolmo, América larga,
un mundo para todos y de nadie,
repartido como un pan,
contado como un número,
resuelto como un signo.
Hambre, muerte, disparos por el viento que cierra
sus párpados de neblina oculta, pesarosa.

Ayer morimos: vidas antiguas son el espejo
de otras figuraciones,
de otras sombras y combates.
Cómo abre el tiempo la herida.
Cómo lloran los días como si el tiempo, a fin de cuentas,
fuera un velorio para el mundo.

II

Mira: el aire no es aire,
si la vela muere.
El agua no es agua,
si la rosa cae.

Sólo la lluvia nos ha dejado las manos llenas
de agua mortal y amorosa.

III

Más muerte en la palabra Muerte,
si la palabra Vida
te llena los ojos.

Si vas a vivir y te sales del cuerpo,
entonces ya no es cuerpo lo que anda.

Si la vida anda por el cuerpo
entonces busca la sombra que has perdido,
reinvéntate,
y has de tu penumbra
una celebración de humo,
de muecas en el agua que se desborda
sobre el alto peñasco de tu existencia.

Fundaste con naipes el valle
de tu suerte y ahora el rey y la reina, con odio,
se persignan en tu pecado,
lavan su cruz en tu pozo de miasmas.

IV

Sombra y tacto: la Vida es una sombra.
Sombra y vida: la muerte prosigue su camino,
rellena
como un ánfora,
como este oleaje de estar y ser,
de ser y estar
lleno de seres y estados remotos,
con una luna que parece vientre,
con una entraña que parece lengua.

Derrítete: eres exilio, guitarra, muerte,
edad de sangre.

Mañana,
a la hora de tu muerte,
la luna se ahogará
en el agua
de tu lágrima...

EPITAFIO DEL POLVO

Aquí situado entre pedazos
de exterminio,
dimensiones de palabras,
mordidas por silencios,
masticadas por el ansia,
perdonadas por el siempre,
Destejos la paz de las auroras
hundidas en la sed
de mis mañanas.

Aquí, alas de muerte,
escupo este murmullo que se ahogará
en el mar de otros murmullos,
haciendo arder los gritos,
caminando
-lazarillo en la noche-
con el mundo que invento.

Porque soy polvo y no lo reconozco.
Porque fui guerrero que perdió sus rastros,
me estremezco aquí,
ahora mismo,
entre sueños arrugados,
viviendo sin ganas,
callando esta angustia en las rejas
de la piel
que vivirá para contar
que he muerto
y que renazco.

DECALOGO DEL SOLITARIO

" Eternidad, tus signos me rodean..."
-JORGE CARRERA ANDRADE-

I

Allí donde mis huesos
no buscaron asilo,
prodigiosamente dueño de búsquedas,
cenizas, historias,
llora aquel niño abandonado,
sorbiento las antiguas misa negras de la sangre.

Toda herida de amor no satisfecho
desploma sus ojos sobre la espada,
sobre los caminos que no hablan,
sobre el anochecer dolido.

II

Humo, hastío, cartas a la vida
no revisadas por ningún corazón,
libertad con una prisión de horas,
costumbre de armar la conciencia
y dictarle, al unísono,
unas cuantas verdades.

Días como voces,
cementerios,
sangre soluble,
herrumbe, locura,
desmenuzando el andamio
del amor.

Triste y lastimado,
con un sitio que apenas nos pertenece,
iluminado por el sol
y desatado
por el día.

Ahogado
en mi existencia
por un páramo
de dichas.

Ahogado porque el río y sus caballos relinchan
en las naciones de la bruma, en las colinas
que levanta el agua del sueño,
nube desterrada que habla el idioma de la lluvia
y lo traduce al pensativo lenguaje
de la niebla.
Triste víspera de otoño,
beso en espera de unos labios...

III

Perdido, abreviado en mi piel
dotada de polvo,
de hastío,
con un anhelo de partir las ansias,
dejo a un lado las comillas
que le trozan las alas a mi nombre.

Perdido,
roca, numen del día,
amanezco en la delicia de sentirme piedra,
hora de eternidad
entre la bóveda oscura.

IV

Debo,
cuando la noche mata sus sófocles de humo,
desde su balcón de hijos sepultados,
encender el farol de la mirada hasta que las pupilas
hagan brotar destellos, doncellas, luces de bengala,
santos artificios para un festín.
Debo encender la risa
a pesar de la tristeza que reparte
las migajas de mi júbilo,
porque el valor es el reto
de la sombra.

Fuego de piedra,
piedad en llamas
para sobrevivir
con la calma necesaria,
con la fundamental fuerza
para despertar
a la hora de rendir cuentas,
a la hora de seguir viviendo.

V

Si pudiera fundir
la esencia de los muertos
con la fragancia
de los que luchan en la vida,
seguramente,
la sangre
dolorosa de mis venas
eternizaría
el cuerpo de lo puro.

VI

Vestida mi palabra
de vida,
existe
en las amazonas del viento,
entre el alero del mundo,
monte terraza aldea
donde la libertad
mata sus pájaros.

Hay que vestir la palabra.
Hay que quitarle su disfraz de humareda.
En la tarde del calvario,
la letra se rompe como el hueso de la lava.

VII

Supe que el alfabeto del agua
creció
con las vocales primitivas
del delfín.
Supe'
que el agua es agua
entre el sermón de las barcazas.
Supe que la vida es un río
de lirios corporales,
una verdad
de caverna
y eternidad.

VIII

El grito desata incendios
en el alma.
Allá el palpito,
aquí la dicha.
Buscando la pieza que se ha perdido
para sostenernos,
para revivirnos
aunque muriendo estemos: vivos.

Sentir la zozobra,
el goce, los pasos mudos, la luz.
Sentir el ansia azul
de la quejumbre.
Y estar de pie
a pesar de todo,
a pesar de la bruma
más doliente.

IX

La vida es una libertad de eclipse,
es un significado de templo,
un vaso
donde hierven los días,
donde se gestan las penas,
un vasto rincón donde se confunden
lucidez y locura.

Acaso la luz engendra
la nostalgia de los mares,
estas voces de amargura.

X

Donde perdura la tiniebla,
mora el secreto de la piedra,
el eslabón perdido de los huesos,
el existir de la resurrección.

Donde mora la tiniebla
nace el cardo,
las penas del invierno,
esta alondra de soledad que ya no,vuela.

Quiero decirle a esta vejez
que ya huele a deseo
que no lllore más
por las cosas mundanas,
por los caminos dolidos de retorno,
por las parábolas de angustia.

Voy a decirle al Hombre
que se muere con el sueño cada noche
y amanece cuando la luna se disipa,
que se quite de su íntimo cristal
el empaño,
toda la tristeza del polvo y la marea.

Voy a decirle a esa presencia
de barro,
que amanezca cada instante,
porque ha muerto la hora de morir,
la luz toca la puerta y el corazón está despierto.

ELEGÍA DEL ÁNGEL

Un ángel, sí, de alas extendidas,
lacia cabellera de fuego,
ha caído.
Roto el espacio -lumbre- de sus ojos,
roto su vuelo.
Frágil como la piedad de las miradas hambrientas,
su cuerpo en el frío de la luna
era un laurel desnudo, un tronco con perfume
de invierno,
una extraña liturgia para el bien
que inundaba su diáfano corazón, tempestad de mi río.

Un ángel, sí, cayó como la sombra
ahogada de violines
que sigue al cuerpo que la crea
y en nueva sombra se convierte.

Transparente,
materia inconclusa del agua y el viento,
su cuerpo de fiebre.

Una a una deshojó mis hierbas de perdón,
distantes y marchitas como el diamante del gozo.
Presencia de golondrina en busca de ramajes,
hábito de amor en los atardeceres de la noche,
su silbo de origen y verdad retorna:
humilde, virginal, humano.

Soldado de los cielos, guerrero de la nube,
pescador en el arca de la lluvia,
conserje que abre las habitaciones de la lágrima
y cierra las bodegas de la muerte:
en sueños ha muerto, sólo en sueños;
porque regresa
-de luz era su viaje-
al mito y a la piedra del consuelo.
Guardián -no guarda ni festín-
de mis cárceles...

Si vuelve al cielo y en pájaro o poema se convierte,
quiero el coro de sus manos: alondras para el bien,
no para el conjuro.

Quiero en mi palabra sus árboles de risa
ahora que bebo delirio, ahora que me cubren harapos...

ÍNDICE

EXPLICACIÓN NECESARIA.....	7
PRIMERA EDAD: LOS RITUALES DEL AMOR.....	9
I. LOS POEMAS DEL ARQUERO.....	11
Arquero.....	15
Amarrada.....	16
Elegía del Abrazo.....	17
Racimos.....	20
Termino.....	21
Cuerpo.....	22
Espejo.....	23
Estación.....	24
Plenitud.....	25
Puerto.....	26
Huida.....	27
Balada para un deseo.....	28
Abrir Puertas.....	31
Oda de la Seis de la Tarde.....	32
Penumbra.....	33
Hallazgo lluvia.....	34
Poema Triste.....	35
Callejón.....	36
Nocturno I.....	37
Es Tiempo.....	38
Rejas.....	40
Ofrecimiento.....	42
Disfrute.....	43
Uno.....	44
Momento.....	45
Transparente.....	46
Melodía.....	47
Otoñal.....	48

Poema de la Rutina.....	49
Poema del Consuelo.....	51
Mensaje.....	52
Poema del Amante en Tinieblas.....	53
Ciudad Antigua (último viernes de mayo).....	54
Consumación.....	56
Habrá una hora.....	57
Poema del Amor en siete trozos.....	59
La Nube Derramada.....	64
La Oración del Sauce.....	65
Eco Íntimo.....	66
Elegía en la Sombra.....	67
Por la Vasta luz.....	68
Nocturno II.....	69
Destierro Personal.....	70
Oquedad de Lumbre	71
Canción para fundar un cuerpo.....	78

II. LAS ESTRELLAS DEL CÁNTARO

-sonetos,romances y liras-.....	85
I.	87
II.	87
III.....	88
IV.....	88
V.....	89
VI.....	89
VII.....	90
VIII.....	90
IX.....	91
X.....	91
XI.....	92
XII.....	92
XIII.....	93
XIV.....	93
XV.....	94

XVI.....	94
XVII.....	95
XVIII.....	95
XIX.....	96
XX.....	96
XXI.....	97
XXII.....	97
ROMANCE I.....	98
ROMANCE II.....	99
ROMANCE III.....	100
Liras para una virgen.....	101

SEGUNDA EDAD : DE LA SOMBRA Y LA NOCHE.....105

I. DONDE DUERMEN LAS HORAS -canto-.....	107
II. LECCIÓN EN CENIZA PARA UNA SOMBRA QUE VIENE -réquiem-.....	125
III. LUNA DE CENIZAS -elegías-.....	143
ELEGÍA DE LA SOLEDAD.....	147
ELEGÍA DEL INVIERNO.....	148
ELEGÍA PARA EL OLVIDO.....	151
ELEGÍA DEL MARTIRIO.....	152
LA POSESIÓN.....	153
ELEGÍA DE LA LUNA.....	155
ELEGÍA DE LA ESTATUA.....	156
ELEGÍA DEL ÁRBOL.....	158
ELEGÍA DEL EXILIO.....	160
ELEGÍA DE LA SOMBRA.....	163
EPITAFIO DEL POLVO.....	164
DECALOGO DEL SOLITARIO.....	165
ELEGIA DEL ANGEL.....	171

Impresora de La Nación/INAC/744
Panamá/1995

- Finalista en el Premio Internacional Juan Bernier 1991, Sevilla, España, por la obra: Desde el pórtico del sueño.
- Finalista en los Juegos Filipino-Hispano-americanos 1993, por su poema: Una elegía para Cristóbal.
- Mención Única del Premio Ricardo Miró 1993 por su obra: Memorial para incendiar una nostalgia.
- Mención Honorífica del Premio Ricardo Miró 1994 por su obra: Tiempo para el Mar.

En 1993 representó a Panamá y a Centroamérica en el Foro Joven: Literatura y Compromiso, celebrado en Málaga, España, con la participación de escritores de la jerarquía de Wole Soyinka, Ana María Matute, Mario Benedetti, Arturo Roa Bastos, Juan Goytisolo, Jorge Amado, Tarek Alí, José Saramago, etc.

Selva es su primer libro de poesía.

Es miembro fundador del Colectivo Literario Umbral.

Porfirio Salazar, clásico y contemporáneo, es sin duda, uno de los poetas importantes

Portada:

Selva, obra del artista nacional Eduardo Navarro Q.

Porfirio Salazar, clásico y contemporáneo, es sin duda, uno de los poetas más importantes surgidos en los últimos años.

Erudicción, manejo impecable de la imagen y de las estrofas clásicas castellanas conforman el triángulo que sustenta su yo-poético.

Inmersa su poesía en valores estéticos superiores, supera lo estridente y lo nimio para dar paso a la belleza, a la palabra que toca el aire y lo convierte en chispa, en verbo de fuego, en fuente inagotable de gozo.

Selva es un hermoso libro, rico y bien equilibrado, con mucha fuerza lírica. Las letras panameñas deben orgullecerse por este auténtico valor del espíritu.

JOSE FRANCO